

## EL AMOR DIVINO

La obra de la Creación y de la Redención, al mostrar la soberanía absoluta y el infinito poder de Dios, también revela un misterio incomprendible y admirable: el del amor divino, porque *el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas* <sup>1</sup>.

*El amor divino,  
en Dios y en sus criaturas*

*Nadie es bueno, sino sólo Dios* <sup>2</sup>. El es la bondad por esencia, el mismo Bien. El es la bondad total, por cuanto todos los bienes creados proceden de la plenitud que es propia y exclusiva de Dios, pues *todas las cosas son de El y todas son por El y todas existen en El* <sup>3</sup>. Esta bondad divina ilimitada se identifica con su misma substancia, y es lo único amable sin reservas, el solo bien que sacia su querer infinito <sup>4</sup>. Además,

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 84.

(2) *Luc.* XVIII, 19.

(3) *Rom.* XI, 36.

(4) Es dogma de fe que Dios es infinito en entendimiento y voluntad, y en toda perfección; y que es felicísimo en sí

el recíproco Amor subsistente del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo, *que es reconocido como la caridad o santidad de entrambos* <sup>5</sup>.

Nunca abarcaremos la infinitud y la fecundidad del amor divino, que tan inefable se nos ha revelado en el misterio de la Trinidad Santísima. De modo semejante nos llena de admiración y agradecimiento saber que las criaturas son objeto de la divina benevolencia. Porque Dios ama todo lo que ha creado; aun lo que parece más pequeño e insignificante: *¿no es cierto que cinco pajarillos se venden por dos cuartos y con todo ni uno de ellos es olvidado de Dios?* <sup>6</sup>. Creemos, Señor que *Tú amas todo cuanto existe y de lo que has hecho no aborreces nada, porque no has creado cosa alguna por odio. ¿Quién podría subsistir si Tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin Ti? De todos tienes misericordia, porque son tuyos, Señor, amador de las almas* <sup>7</sup>.

Es necesario estar bien convencidos de esto, reconocer que en todo dependemos del querer de Dios, y que —por la absoluta simplicidad del ser divino <sup>8</sup>— su voluntad omnipotente se alimenta del mismo amor con que ama su infinita bondad. Dios mira amorosamente las obras de sus manos, y todo lo dispone para procurar su bien. *El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos* <sup>9</sup>, y con un amor que no es como el nuestro que, aun purificado de todo desorden egoísta, *es siempre atraído por la bondad, aparente o real, de las cosas, y sólo por eso deseamos que conserven el bien que poseen o adquieran el que aún no es suyo. El amor divino, en cambio, es un amor que crea e infunde la bondad en las criaturas* <sup>10</sup>, con el más completo desinterés.

El amor que Dios dispensa es absolutamente gratuito. Nada puede desear de las cosas creadas, porque nada halla en ellas que El no posea

mismo y por sí mismo, e inefablemente excelso por encima de todas las cosas que existen fuera de El y que pueden concebirse [(Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, D. 1782 (3001)].

(5) Concilio XI de Toledo, año 675, *Symb. fidei*, D. 277 (527). El *Catecismo Romano* (parte I, cap. VIII, n. 7) enseña que, *puesto que el Espíritu Santo procede de la voluntad divina como encendida de amor, es posible darse cuenta que, las operaciones que se atribuyen propiamente al Espíritu Santo, nacen del inmenso amor que Dios nos tiene.*

(6) *Luc.* XII, 6.

(7) *Sap.* XI, 25-27.

(8) Como Dios es su mismo ser y su mismo conocer, así es su mismo querer y su mismo vivir (Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 18, a. 3 ad 2; q. 19, a. 1).

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 84.

(10) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 20, a. 2.

en grado infinitamente perfecto. De ahí que la razón del querer divino es el amor de su propia bondad, y el deseo de difundirla. No es que Dios *no quiera otras cosas fuera de sí, sino que no las ama más que en orden a su bondad*<sup>11</sup>: se quiere a sí mismo como fin, y lo demás como ordenado a este fin<sup>12</sup>. En El no hay más que un solo amor absoluto y total, del que derivan los dones, que *reparte a cada uno según quiere*<sup>13</sup>.

### Amistad entre Dios y el hombre

Desde los mismos albores de la Creación, Dios ha mirado con particular benevolencia a la criatura humana. Si dentro del maravilloso orden del universo el hombre destaca por sus perfecciones naturales, es porque ha sido más amado de Dios. Un amor que llegó al extremo con la elevación al orden sobrenatural, hasta exceder todas las exigencias de la naturaleza creada, y sin mérito alguno por nuestra parte. Pues *en esto consiste su caridad, que no es porque nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó primero*<sup>14</sup>.

Ya sólo por eso —aun sin tener en cuenta otros muchos beneficios recibidos con la Redención— resulta especialmente trágico el afán con que *se fomenta un clima mundial, para centrar todo en el hombre*<sup>15</sup>. Deformando el pasaje de la Sagrada Escritura: *el que no ama a su hermano a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle?*<sup>16</sup>, se llega a decir que sólo el hombre merece ser amado. Dios

(11) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 19, a. 2 ad 3.

(12) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 19, a. 2. *La voluntad divina tiene como término principal de su querer aquello que ama espontáneamente, y que viene a ser como su fin; es decir, su misma bondad, por la que ama todo lo que quiere fuera de sí. Efectivamente, como dice San Agustín, Dios ama las criaturas a causa de su propia bondad; es decir, para que ésta, que por esencia no puede multiplicarse, al menos se difunda entre muchos por medio de la participación de su semejanza. Por donde todo lo que quiere para sus criaturas, lo desea de una manera como secundaria, porque ama su bondad. Por tanto la bondad divina es el motivo por el que su voluntad quiere todo lo que ama, del mismo modo que su esencia es el medio como conoce todo* (Santo Tomás, *De Veritate*, q. XXIII, a. 4).

(13) I Cor. XII, 11.

(14) I Joann. IV, 10.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 28-III-1973.

(16) I Joann. IV, 20. Este nuevo humanismo blasfemo suele presentarse bajo la apariencia de una defensa de la dignidad de la persona o del desarrollo de la caridad hacia el prójimo, como contrapuesta o al menos como incompatible con lo que llaman *el espejismo del amor de Dios*. Su afán es reinterpretar toda la moral y sus fundamentos revelados como si no existiera más que el hombre, y Dios fuera una noción a la que hay que recurrir sólo en la medida en que nos es útil. Así, por ejemplo, no es extraño oír afirmar que "el pecado del mundo es la injusticia del hombre so-

les parece extraño e inaccesible. Suplantando al Hacedor por sus hechuras, y destruyendo así la misma posibilidad del afecto auténticamente altruista. Pues al dar a una criatura finita y limitada —a uno mismo— un valor absoluto, necesariamente todo lo demás será sólo objeto de un interés instrumentalizador, utilitario, egoísta. La exclusión de Dios —el único ser amable en sí y por sí— no se resuelve jamás en un mayor amor a nada ni a nadie. Como muestran algunas tristes consecuencias, sólo puede desembocar en el odio, que es el ambiente propio del infierno.

En cambio, dirigir el corazón a Dios sin condiciones, con una entrega absoluta, lleva a *amar apasionadamente* a todas las criaturas, porque son reflejo y término del amor divino. *Me has alegrado, Señor, con tus hechuras; me deleito con las obras de tus manos. ¡Qué maravillosas son!* <sup>17</sup>.

Con razón se queja el Señor: *si fuera un enemigo quien me afrenta, lo soportaría (...). Pero eres tú (...), mi familiar y mi amigo* <sup>18</sup>. Porque Dios ha dispensado al hombre un verdadero trato de amigo; y, para hacernos objeto de esa merced, nos creó con un alma espiritual, pues *no se puede tener amistad más que con las criaturas inteligentes, las únicas en las que puede haber correspondencia al amor y comunión de vida, y las únicas que, pudiendo conocer según las diversas circunstancias la dicha o la desgracia, en rigor pueden ser término de benevolencia* <sup>19</sup>.

Lo declaró abiertamente Jesús: *a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre* <sup>20</sup>. Su muerte en la cruz es la mayor prueba de amistad <sup>21</sup>, de modo que toda la economía de la salvación viene a ser un continuo y extraordinario testimonio del cariño de Dios a los hombres. *Mis designios para vosotros son designios de paz y no de desventura, de daros un porvenir y una esperanza* <sup>22</sup>.

El amor de amistad, efectivamente, tiende a unir el amante con el amado. *Cuando se ama a otro, se quiere su bien, y, en consecuencia, se le trata como si fuese uno mismo, refiriendo a él el bien de igual manera*

bre el hombre"; "el pecado es decir *no* a los hombres y al mundo"; "la religión no es auténticamente cristiana más que en la medida en que es servicio al hombre"; "Dios encarnándose, haciéndose hombre, ha transformado definitivamente la religión en servicio y amor incondicionado, absoluto, al hombre"; etc.

(17) Ps. XCI, 5-6.

(18) Ps. LV, 13-14).

(19) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 20, a. 2 ad 3.

(20) *Ioann.* XV, 15.

(21) *Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando* (*Ioann.* XV, 13-14).

(22) *Jerem.* XXIX, 11.

que se hace con lo que nos es propio. Por eso el amor se llama "fuerza que unifica", porque agrega otro a uno mismo, considerándole como un segundo yo. Y así el amor divino también es una fuerza unificante<sup>23</sup>, por la que Dios atrae a sí a la criatura humana.

### El don del amor divino

El Señor sabía que, aunque éramos capaces de conocerle y amarle naturalmente, con nuestras propias fuerzas, sólo la participación sobrenatural de su verdad y de su amor podía unirnos íntimamente a El, y decidió hacernos donación de su mismo Amor, mediante un plan sapientísimo. Primero aclaró y confirmó, a través de los Patriarcas y Profetas, los preceptos de la ley natural, que habían quedado borrosos y adormecidos por el pecado. Despejó así los caminos de su amor, alumbrando el itinerario para unir nuestra voluntad a la suya.

Después, *el abismo de malicia, que el pecado lleva consigo, ha sido salvado por una Caridad infinita*<sup>24</sup>, encarnándose su propio Hijo, Jesucristo, y soldando lo divino con lo humano, para restaurar el orden destruido, elevarnos a la dignidad de hijos adoptivos y revelarnos así el amor de Dios. *Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor*<sup>25</sup>. Por último, *por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo*<sup>26</sup>, el Paráclito.

*Cuando regalamos algo a una persona es porque la queremos. De modo que el amor es lo primero que le entregamos, al ser la causa de que le demos otros bienes (...). Si, como se ha dicho, el Espíritu Santo procede como amor, procede también en calidad de primer don. Y por eso dice San Agustín*<sup>27</sup> *que por el Don del mismo Espíritu Santo se distribuyen muchos dones particulares a los miembros de Cristo*<sup>28</sup>. Efectivamente, *la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones*

(23) Santo Tomás, S. Th. I, q. 20, a. 1 ad 3.

(24) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

(25) *Es Cristo que pasa*, n. 110.

(26) Galat. IV, 6.

(27) *De Trinitate*, 15, 19.

(28) Santo Tomás, S. Th. I, q. 38, a. 2.

por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado <sup>29</sup>, y, con ella, todas las demás virtudes y dones que componen el organismo sobrenatural.

**Hablando a lo humano, podríamos decir que Dios se excede, pues no se limita a lo que sería esencial o imprescindible para salvarnos, sino que va más allá. La única norma o medida que nos permite comprender de algún modo esa manera de obrar de Dios es darnos cuenta de que carece de medida: ver que nace de una locura de amor <sup>30</sup>.**

Desde el mismo instante en que la Trinidad Santísima, como arrastrada por su Amor, elevó al hombre al orden de la gracia, el precepto del amor que era ya el resumen y compendio de la ley divina impresa en la naturaleza humana, adquirió una dimensión nueva, sobrenatural, imperada por Cristo a sus discípulos: *un nuevo mandamiento os doy, que os améis unos a otros, y que del modo que yo os he amado, así también os améis recíprocamente* <sup>31</sup>. Con estas palabras el Señor propone una medida inédita del cariño: la de su propio amor, que es ilimitado, *hasta el fin* <sup>32</sup>; pero al mismo tiempo nos ofrece la más hermosa de sus mercedes, porque nos permite amar con su mismo Amor. *Si me amáis, observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente* <sup>33</sup>.

### El retorno del amor

En cierta ocasión, decía Jesús: *cuando habréis levantado en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy yo y que nada hago de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado; y el que me*

(29) Rom. V, 5.

(30) *Es Cristo que pasa*, n. 144.

(31) *Ioann.* XIII, 34.

(32) *Ioann.* XIII, 1.

(33) *Ioann.* XIV, 15-16. Es completamente falso que, como afirman algunos, la novedad del *mandatum novum* esté en la traducción del amor a Dios por el amor a los hombres. En primer lugar, porque en el Antiguo Testamento está mandado tanto el amor a Dios —preceptos de la primera tabla— como el amor al prójimo —preceptos de la segunda tabla—; ambos como obligaciones de ley natural, que el Señor confirma positivamente. En segundo lugar porque Jesucristo, que se propone como modelo del mandamiento nuevo, ha enseñado expresamente la primacía absoluta del amor a Dios, *el máximo y primer mandamiento* (*Matth.* XXII, 37).

ha enviado, está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado <sup>34</sup>. También nuestra principal tarea en esta vida es la de procurar agradar a Dios, tratando de corresponder a su amor, adecuando nuestro querer al querer divino.

Siendo Dios la bondad infinita sólo podrá ser bueno aquel querer que se conforme con el querer suyo. De donde se concluye que, puesto que estamos obligados a tender al bien, igualmente estamos obligados a modelar nuestra voluntad con la Voluntad de Dios <sup>35</sup>. Con el ejemplo, Jesucristo nos enseña que ha venido a cumplir la voluntad de su Padre <sup>36</sup>, que para eso ha descendido del Cielo <sup>37</sup>, y que ése es su alimento, su vida <sup>38</sup>. También nos dice que sus verdaderos parientes son los que realizan la voluntad del Padre <sup>39</sup> y que el cumplimiento de esa voluntad es una condición ineludible para entrar en el reino de los cielos <sup>40</sup>.

Pero la adhesión que pide el Señor no es un simple acatamiento exterior. El busca la obediencia interna, de corazón, que supone una amorosa identificación de voluntades. Se queja del formalismo farisaico —este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí <sup>41</sup>—, al tiempo que advierte que con El ha llegado la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca <sup>42</sup>. No hay amistad si no hay unión de voluntades, comunicación de afectos; en una palabra, correspondencia.

### Querer lo que Dios quiere

Hay sólo tres modos o caminos por los que pueden fundirse las voluntades: queriendo la misma cosa, queriéndola por el mismo mo-

(34) *Ioann.* VIII, 28-29.

(35) Santo Tomás, *De Veritate*, q. XXIII, a. 7.

(36) *No pretendo hacer mi voluntad, sino la de aquél que me ha enviado (Ioann.* V, 30).

(37) *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquél que me ha enviado (Ioann.* VI, 38).

(38) *Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra (Ioann.* IV, 34).

(39) *Cualquiera que hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre (Marc.* III, 35).

(40) *No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos (Matth.* VII, 21).

(41) *Matth.* XV, 8.

(42) *Ioann.* IV, 23.

tivo, amándola con idéntico amor <sup>43</sup>.

Para querer lo que Dios quiere sería necesario conocer siempre cuál es su Voluntad precisa; sin embargo, *la Voluntad divina no puede desvelárenos plenamente; por donde tampoco es posible que —desde este punto de vista— conformemos por completo nuestra voluntad a la suya; sólo en la medida en que la conocemos, podemos y estamos obligados a hacerlo* <sup>44</sup>.

Sin embargo, el Señor nos ha revelado las grandes vías que recorre su amor hacia nosotros; porque eso son, en último término, sus mandamientos. Por medio de la ley natural y de la ley divino-positiva sabemos con certeza qué es lo que quiere Dios, y, por lo tanto, cómo nos quiere. Por eso es un lamentable error que algunos lleguen a considerar esa ley como una cortapisa o un obstáculo a la dignidad y perfeccionamiento humano. En cierto sentido, y siempre desde una perspectiva chata y horizontal que tome como único punto de referencia al hombre, las normas morales —los mandamientos— se presentan como una barrera, un límite; y lo son, pero del amor egoísta, del amor a bienes mezquinos, aparentes, relativos. Por eso mismo los mandamientos son un valladar imponente para el gran enemigo del Amor, la soberbia, raíz y término de todo pecado. Porque la vida de los hombres transcurre entre dos alternativas: o la adhesión al Amor de Dios que salva, o el rebajamiento a la esclavitud del egoísmo. *Dos amores* —escribía San Agustín— *construyeron dos ciudades: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de uno mismo, la celestial (...). Aquélla busca la gloria de los hombres; para ésta, en cambio, su máxima aspiración es Dios, testigo de su conciencia (...). En la primera los poderosos y las gentes sometidas están dominados por el afán de poderío; en la segunda, todos se sirven en el amor mutuo* <sup>45</sup>.

Los mandamientos son como los canales que nos ayudan a hacer efectivo nuestro amor a Dios, ejercitándolo de un modo fecundo. Por ellos correspondemos de alguna manera a la amistad divina, haciendo nuestro su querer. Gracias a ellos recorreremos con paso seguro los cami-

(43) Cfr. Santo Tomás, *De Veritate*, q. XXIII, a. 7.

(44) Santo Tomás, *De Veritate*, q. XXIII, a. 7, ad 1.

(45) *De civitate Dei*, 14, 28.

nos que nos llevan a la plenitud de vida y de comunión de amor con Nuestro Señor. *Por eso yo amo tus mandamientos más que el oro, que el oro purísimo* <sup>46</sup>.

### *Querer como quiere Dios*

Si no es posible conocer siempre y en todo cuál es la precisa Voluntad de Dios, si está en cierto modo a nuestro alcance querer como quiere el Señor, es decir, poniendo a su bondad como fin y motivo de todo amor. De esta manera, amando a Dios con amor absoluto y primero, y a todas las cosas con una expansión derivada de ese amor, se logra la identificación con el querer divino, que es posible alcanzar en esta vida.

Mientras somos peregrinos en esta tierra, y *no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir* <sup>47</sup>, el amor a Dios no puede ser perfecto, como en los bienaventurados que contemplan y gozan ya de la esencia divina. Pero los justos, que aman como ama Dios, *están unidos a su Voluntad, aunque sientan algún afecto que no coincide con ella, pero que considerado desde otro punto de vista, es bueno. Lo que pasa es que no se dejan arrastrar ciegamente por ese sentimiento, sino que lo condicionan a la voluntad divina, en la medida en que desean que ésta se cumpla siempre y en todo. Por ejemplo, uno desea por cariño filial que su padre viva; mas al disponer Dios lo contrario, si ese hombre es justo no se desesperará cuando se cumpla esa voluntad que él ha puesto como fundamento de la suya* <sup>48</sup>.

También la enseñanza de Nuestro Señor es que Dios ha de ser nuestro principal amado, y las criaturas sólo de un modo secundario y subordinado. *Quien ama al padre o la madre más que a mí, no merece ser mío; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco merece ser mío* <sup>49</sup>. Y aún más: *si alguno de los que me siguen no aborrece a su pa-*

(46) Ps. CXVIII, 127.

(47) Hebr. XIII, 14.

(48) Santo Tomás, *De Veritate*, q. XXIII, a. 8.

(49) Matth. X, 37.

*dre y madre, y a la mujer y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo* <sup>50</sup>. Porque Dios es lo único que merece ser amado absolutamente y sin condiciones; todo lo demás, debe serlo en la medida en que es amado de Dios. Las normas todas de la ley moral, sus mandatos y prohibiciones, sus consejos y avisos, son como una explicitación de este criterio fundamental. Por eso toda la ley y los profetas se resumen en el mandato del amor a Dios, y después y a partir de éste, en el del amor al prójimo <sup>51</sup>. *Con amor eterno te amé; por eso, compadecido de ti, te atraje a mí* <sup>52</sup>.

### *Amar con el amor divino*

Además de todo eso, por la elevación al orden de la gracia, el hombre puede y debe amar con el mismo amor de Dios. Esta es la esencia de la caridad, que el cristiano recibe infusamente con el Bautismo, y puede acrecentar con la recepción de los otros sacramentos y merecer mediante el ejercicio de las buenas obras, guardando los mandamientos. *Esta es la Buena Nueva. Es novedad, noticia, porque nos habla de una profundidad de Amor, que antes no sospechábamos. Es buena, porque nada mejor que unirnos íntimamente a Dios, Bien de todos los bienes. Esta es la Buena Nueva, porque, de alguna manera y de un modo indescriptible, nos anticipa la eternidad* <sup>53</sup>.

Infundido en el alma del cristiano, el amor de Dios *debe ser la regla de todas las acciones humanas. Del mismo modo que los objetos que construimos se consideran correctos y ultimados si se ajustan al proyecto trazado previamente; también cualquier acción humana será recta y virtuosa cuando concuerde con la regla divina del amor; y si se*

(50) Luc. XIV, 26. El magisterio de la Iglesia ha condenado como sospechosa de herejía la proposición según la cual *el que ama a Dios más que al prójimo, hace ciertamente bien, pero aún no perfectamente* [(Juan XXII, const. *In agro dominico*, 27-III-1329, D. 525 (975)].

(51) Cfr. Matth. XXII, 36-40. *La caridad de Dios depende del mismo Dios, porque Dios debe ser amado sobre todo por sí mismo, y no por otro respecto. Pero la caridad del prójimo nace de la de Dios, y debe enderezarse a ella como regla cierta* (Catecismo Romano, parte III, cap. V, n. 4).

(52) Jerem. XXXI, 3.

(53) *Es Cristo que pasa*, n. 152.

*aparta de ella, no será buena ni perfecta* <sup>54</sup>.

Para que todas nuestras acciones puedan ser pesadas o medidas por esa regla, el alma en gracia no recibe el amor divino como un objeto extraño. La caridad no destruye, sino que ordena, imprimiendo en nuestra vida esa unidad del querer tan propia del amor de Dios. Para esto eleva y perfecciona la potencia volitiva, que —gobernada por el entendimiento— es la raíz de toda la actividad moral, y por ese medio va realizando una auténtica transformación en el cristiano <sup>55</sup>.

*Es sabido que de alguna manera el amado se encuentra en el amante. Y así, el que ama a Dios, en cierto modo lo posee, como dice San Juan* <sup>56</sup>: “quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él”. Por otro lado, es una propiedad del amor que el amante se transforme en el amado; por lo que si amáramos cosas viles y perecederas, nos tornaríamos miserables y angustiados, como aquellos que “se hicieron abominables, como las cosas que amaron” <sup>57</sup>. Si, por el contrario, amamos a Dios, nos endiosamos, pues dice el Apóstol <sup>58</sup>: “quien está unido con el Señor, es con él un mismo espíritu...” Así pues, el alma sólo actúa de manera virtuosa y perfecta, cuando se mueve por esa caridad por la que Dios viene a habitar en ella; sin caridad, en cambio, no tiene vida sobrenatural, pues “el que no ama, permanece en la muerte” <sup>59</sup>.

*No hay que olvidar que si alguno tuviera todos los dones del Espíritu Santo, pero le faltase el primero, la caridad, no estaría sobrenaturalmente vivo. Tanto si se trata del carisma de las lenguas, como del don*

(54) Santo Tomás, *In duo praecepta...*, prol. 2.

(55) La caridad da prontitud en el cumplimiento de los preceptos divinos, ya que el que ama realiza cosas grandes y dificultosas por el amado (...). Además, para el que posee efectivamente la caridad, cualquier contratiempo, lejos de dañarle, se convierte en un bien saludable, según aquello de Rom. VIII, 28: “todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios”; pero aún más, precisamente porque ama, lo adverso y difícil se torna suave (...).

La caridad limpia de los pecados, pues si uno ofende a otro, y después le ama estrechamente, el ofendido perdona la ofensa a causa de ese amor, y así Dios remite los pecados a los que le aman (...). Cuando no sabemos qué es lo que debe hacerse, y lo que ha de desearse, la caridad nos enseña todo lo necesario para la salvación (...). Da una alegría perfecta. Nadie puede estar verdaderamente contento, si no vive en la caridad (...). Produce una paz completa (...), pues sólo Dios puede saciar todos nuestros deseos, pues, como dice San Juan (I Ioann. III, 20), “es más grande que nuestro corazón” (...). Por último, la caridad confiere al hombre una dignidad grandiosa. Todas las criaturas están al servicio de Dios, pues todas han sido hechas por El, de la misma manera que están a disposición del artesano los objetos que él fabrica. Pero la caridad convierte al siervo en un hombre libre y en un amigo (...). La caridad además no nos hace solamente libres, sino que nos transforma también en hijos, de manera que, como dice San Juan (I Ioann. III, 1), “nos llamamos hijos de Dios, y lo somos en realidad”. Cuando un extraño adquiere derecho a la herencia de uno, entonces se convierte en su hijo adoptivo. Del mismo modo actúa la caridad, adquiriéndonos el derecho a la herencia de Dios, que es la vida eterna (Santo Tomás, *In duo praecepta...*, prol. 3).

(56) I Ioann. IV, 16.

(57) Osee IX, 10.

(58) I Cor. VI, 17.

(59) I Ioann. III, 14.

de la fe, o de cualquier otro, sin caridad, no sirve para vivir. Sería como un cadáver: por mucho que se adorne con oro y piedras preciosas, seguirá siendo un cadáver <sup>60</sup>.

Esto no quiere decir que todas las acciones del cristiano pidan necesariamente un explícito ejercicio de la caridad, sino que jamás debemos postergar intencionadamente el influjo de esta virtud, *la más excelente de todas* <sup>61</sup>, la que el mismo Señor ha puesto como distintivo de la conducta moral cristiana <sup>62</sup>.

La caridad es un don, *la caridad procede de Dios* <sup>63</sup>. Es lógico que la vida cristiana esté embebida por el imperativo de acoger ese regalo, disponiéndose para recibirlo, haciéndolo fructificar en toda clase de obras buenas, cumpliendo los mandamientos, *pues el fin de los mandatos es la caridad que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida* <sup>64</sup>.

\* \* \* \* \*

*¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley? Respondió Jesús: amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los Profetas* <sup>65</sup>.

No hay, no puede haber, tasa y medida para amar a Dios: *todo* es el límite máximo que puede conseguir el corazón humano, que siempre es escaso para lo que merece la bondad de nuestro Creador y Redentor. Lo demás, con el hombre a la cabeza, tiene la medida de nuestra condición de criaturas, que no poseen nada bueno que no sea un reflejo participado del Bien divino. Sólo hay un Amor absoluto, que es la fuente de todos los amores rectos y nobles. Y aquel que ama más a Dios, es quien mejor y más apasionadamente ama a todas sus criaturas.

(60) Santo Tomás, *In duo praecepta...*, prol. 3.

(61) I Cor. XIII, 13. *Cuando yo hablare todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles, si no tuviere caridad, vengo a ser como metal que suena, o campana que retiñe. Y cuando tuviere el don de profecía y penetrare todos los misterios y poseyese todas las ciencias, cuando tuviere toda la fe, de manera que trasladase de una a otra parte los montes, no teniendo caridad, nada soy. Cuando yo distribuyere todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregare mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada* (I Cor. XIII, 1-3).

(62) *Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros* (Ioann. XIII, 35).

(63) I Ioann IV, 7.

(64) I Tim. 1, 5.

(65) Matth. XXII, 36-40.